LA TORRE DE YAVÉ

*Regina Pieck**

I

Yavé siempre había sido uno de los dioses más ambiciosos del Olimpo, si no el que más. En muchas ocasiones se le veía solo, caminando por las nubes, pensando con tanta intensidad que su cabeza duplicaba su tamaño original. Habían pasado no más de diez años desde el día en que esta ambiciosa deidad, en un intento de hacer que más hombres lo adoraran, había enviado un diluvio en el que perecieron todos los hombres menos la familia de uno, Noé, y algunos animales que éste logró poner a salvo.

Noé era de los pocos hombres que idolatraba y seguía sólo a uno de nosotros, y había elegido a Yavé. Me parece que este longevo hombre tenía habilidades premonitorias, o consultaba oráculos con frecuencia, ya que su dios preferido como único no se caracterizaba por su amabilidad. Era de personalidad rabiosa, rencorosa, soberbia y distante. En el Olimpo no era querido porque no sabía compartir la atención de los hombres con el resto de nosotros: los quería a todos solamente para él.

El problema fue que las consecuencias de su ira fueron subestimadas por todos, tanto dioses como hombres, excepto por Noé. Por esto, Yavé mandó el diluvio y provocó que murieran todos los hombres menos su favorito, pensando, tal vez, que si Noé tenía preferencia por él, sus descendientes también la tendrían. Conociendo la historia del diluvio universal, en el que ellos habían sido los ‘elegidos’ para sobrevivir, sabrían que si seguían el ejemplo del encargado del arca gozarían de privilegios por siempre.

* Escritora.

Pero no sucedió así. Al parecer los humanos no tienen memoria histórica y, además, son muy convenencieros porque pronto volvieron a adorar a otros dioses. Incluso Noé, unos meses después de haber llegado a tierra firme, comenzó a atender de nuevo a las fiestas que se hacían en honor a Dionisio. Había intentado dejar esa costumbre para satisfacer a Yavé, pero la tentación era irresistible. Sobre todo porque la forma de ser de Yavé era seria, estricta y, la mayor parte del tiempo, también muy aburrida.

En mi opinión, la rebeldía esporádica de este hombre era muy natural, y las exigencias de su dios muy severas. Entre las leyes olímpicas está la de no exigir la atención total de un hombre, ya que un solo dios no puede satisfacer las necesidades de la naturaleza humana. Si se les exigiera elegir a un dios se verían orillados a vivir una vida de limitaciones y extremo ascetismo y las consecuencias serían catastróficas. El cuerpo se rebelaría contra la voluntad del asceta y comenzaría a cometer atrocidades provocadas por este tipo de represiones. Aquí, somos partidarios del equilibrio y para eso tenemos muchos dioses, uno solo no puede cubrir por sí mismo todas las características humanas. Pero, como ya dije, la ambición de Yavé pasaba por encima de la lógica y de las leyes.

II

Una madrugada me despertaron unos sollozos, y al seguir su sonido, me percaté de que era Yavé quien lloraba al darse cuenta del sacrificio masivo que había tenido lugar la noche anterior en honor a Zeus por parte de los semitas. El llanto, provocado por la rabia y los celos, hacía ver que se sentía fracasado.

Una vez más, su cabeza comenzó a crecer. ¿Qué planearía? Seguramente no era otro diluvio, ya que el juzgado del Olimpo le había advertido con severidad que ese tipo de masacres no estaba permitido. Yavé, en su defensa, argumentó que a Zeus nunca lo habían juzgado por las muertes que provocaban las guerras en las que él intervenía. Pero

está de más decir que no son lo mismo unas pocas muertes inspiradas por Zeus y realizadas por humanos, que estar cerca de la aniquilación de una especie. Además, gracias a esta especie existimos todos nosotros. Y no precisamente porque nos alimentemos de los sacrificios que hacen en nuestro favor, sino porque al dejar de tener quién crea en nosotros, desaparecemos. Ya le había pasado una vez a Ritra, la diosa de la verdad. A ella no le gustaba convivir con los hombres, no le parecían dignos de su atención, y poco a poco se fueron olvidando de su existencia, hasta que un día vimos cómo se desvaneció en el aire.

En cuanto a Yavé, sabía muy bien que no debía contrariar una orden de los jueces del Olimpo, por eso su próximo plan, si es que lograba formularlo, sería más difícil de llevar a cabo.

A pesar de sus defectos, hay una característica de Yavé que lo distingue del resto de los dioses: la inteligencia. Todos los dioses tenemos una virtud que poseemos de manera absoluta. La mía es la belleza; de las diosas soy la única bella. Los defectos sí pueden ser compartidos, pero la virtud que caracteriza a cada uno es sólo suya, y sólo es compartida, en menor medida, con los humanos que lo merezcan.

Yavé todavía no terminaba de explorar su inteligencia y no la sabía explotar al máximo, pero el día que lo lograra sería el más temido por los habitantes del Olimpo. Conocíamos bien sus intenciones.

III

No muchos años más tarde, los semitas, descendientes de Sem el hijo de Noé, habían ganado una serie de guerras con el apoyo de Zeus, y comenzaron a sentirse superiores al resto de los pueblos. Para celebrar y demostrar al mundo su grandeza decidieron construir una torre, la más alta y bella de todas, que demostrara al resto de los hombres su poder. Con esta torre comenzó la tradición de los hombres de construir edificios de gran altura para sobresalir entre los otros. Esta construcción se haría en honor a Zeus. Ya se podrán imaginar la reacción de Yavé

al enterarse, pero se le veía muy tranquilo. Observaba los esfuerzos de los semitas con una sonrisa. Sí, con una sonrisa.

Al faltar un año para finalizar la construcción, el jefe del pueblo decidió que todos merecían un descanso y ordenó que se organizara una fiesta dionisiaca que duraría tres días. Comenzaron los preparativos, miles de cerdos fueron dispuestos para el manjar, toneladas de uvas fueron pisadas para que sobrara el vino para todos, y cada esquina de la ciudad fue adornada.

Todos esperaban la fiesta con ansia y el día que comenzó no tardaron en emborracharse y comer todo lo que pudieron. Cuando no les cabía una gota más de vino dormían unas horas y al despertar se curaban la resaca con más vino y más cerdo. Durante la segunda noche de fiesta, Yavé desde las alturas alzó los brazos y tembló la tierra (tenía un particular gusto por los temblores), pero los semitas pensaron que había sido producto de su borrachera y siguieron disfrutando.

Los dioses, que observábamos desde el Olimpo, comenzamos a notar que los hombres, que habían estado conviviendo felizmente durante dos días, tenían rostros confundidos, después se les veía enojados, finalmente algunos comenzaron a pelear. Hera bajó y pidió explicaciones a uno de los oráculos, el cual le contestó con palabras que no logró comprender. Fue a buscar a otro y lo mismo sucedió.

En ese momento entendimos lo sucedido. Yavé era la causa de todo. Gracias a su inteligencia había creado diferentes mezclas de sonidos que formaron nuevas palabras, formas diferentes de comunicación que sólo permitían entenderse a los que hablaban igual. A esto le llamó 'lengua'. Continuamos observando y vimos cómo se comenzaron a formar grupos; parecía que hablaban la misma lengua y veían con desprecio a los que no la podían entender. La fiesta se dio por terminada y cada una de las nuevas asociaciones de hombres partió en diferente dirección. La torre quedó sin terminar y se le llamó Babel, que significa confusión.

Ahora Yavé era el único que se podía comunicar con todos; hablaba todas las lenguas porque él las había inventado. Los humanos se tuvieron que conformar ahora con un solo dios, que era el Dios. Y le

atribuyeron, por miedo, todas las características buenas que conocían, incluso llegaron a decir que Él era la perfección.

El resto de los dioses quedamos en el olvido; muchos han ido desapareciendo porque ya nadie cree en ellos. Unos pocos logramos sobrevivir porque hay personas que todavía nos recuerdan por medio del arte y de algunas historias, aunque sea sólo como un mito, como algo que nunca existió. El único que queda es Yavé.